

ÓSCAR NAVAS



Ahí llega
el silencio

«Silencio...
La gente no lo valora suficientemente...»



Relato ganador de accésit en la 1a edición del concurso
de relatos del Golem Fest (2022)

Título: Ahí llega el silencio

Ilustraciones © Mónica Torralba, 2023

https://www.instagram.com/moni_torralba

Corrección ortotipográfica y de estilo: Sara Matamoros H.

Narración: Luisa Oliva

<https://www.instagram.com/luisaolivaneews>

Puedes escuchar la narración del relato en:

iVoox: [Podcast Bilocaciones](#)

Spotify: [Podcast Bilocaciones](#)

YouTube: [Podcast Bilocaciones](#)

Lektu: [Ahí llega el silencio](#)

© Óscar Navas, 2023

<http://www.oscarnavas.com>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

Hola,

Esta es la lectura que te propongo este año para el #AllHallowsRead

¿Cómo? ¿Que no sabes en qué consiste el All Hallow's Read?

El [All Hallow's Read](#) es una celebración de Halloween creada por uno de mis escritores favoritos, [Neil Gaiman](#). Consiste simplemente en que, durante la semana de Halloween o en la propia noche, le ofrezcas a alguien una lectura de terror. Él mismo te lo cuenta en este [vídeo](#).

Desde el 2019 he colaborado en esta tradición de hacer accesible una historia de miedo. Si quieres encontrar las anteriores, puedes buscarlas en [Lektu](#), junto a muchas otras.

Y si te ha gustado esta, te agradecería que me lo comentaras en las redes sociales, [los comentarios de Lektu](#) o en [la ficha de GoodReads de este relato](#).

Muchas gracias y espero que disfrutes con la lectura...



Silencio... La gente no lo valora suficientemente. Y es algo que echo de menos muchas veces a lo largo del día. Por eso lo disfruto tanto a estas horas, cuando acabo de subir la persiana del restaurante y aún no he accionado el interruptor de la luz. Se respira calma. Mi mente flota y parece que mis pies caminan en el aire. No hay ruidos en la cocina, no hay arrastrar de sillas y entrechocar de platos, no hay gritos de clientes impertinentes. Solo quietud... Silencio...

Aprovecho esos momentos para entrar en el servicio, abrir la ventana que da a la calle y encenderme un cigarrillo junto a ella, respirando el frescor del día que está comenzando. Es un placer culpable. Debería estar colocando las mesas y sacando los cubiertos del lavavajillas para secarlos. Pero me tomo mi tiempo; ese pequeño instante es solo mío. Saboreo el cigarrillo como si no fuera el causante de haber convertido mi piel en un papel arrugado. Ahora solo quiero esto.

Al poco, suena la campanilla de la entrada. Se acaba la tranquilidad. Sé quién es. Doy las últimas caladas apresuradamente y tiro la colilla por la ventana. Me bajo la falda y las bragas y saco las pinzas que llevo en el bolsillo de la blusa. Me arranco el vello púbico que puedo en dos o tres intentos y lo guardo en el bolsillo con las pinzas. Luego, me acicalo, me miro

en el espejo, me retoco el flequillo y ensayo mi mejor sonrisa antes de salir del cuarto de baño.

Oigo el «buenos días» con su ridícula voz de quinceañera. Aunque sea la camarera más joven del restaurante, impostar ese tonito tan falso la hace aún más patética. Yo no le respondo y recojo los manteles para colocarlos en las mesas. Al pasar junto a ella, siento ese perfume barato que usa y que pasadas unas horas apestará a caldo de pollo. Pienso que debe ser así cómo huele cuando se la está tirando Jeffrey, el dueño. No nos engañemos, si no fuera por ese motivo, esta mocosa no estaría trabajando aquí.

Desde que entró a servir, el restaurante no ha hecho más que empeorar: por más que le he explicado que cada una de nosotras tiene una zona de la sala asignada, cómo debe prepararse una mesa o cómo se sirven los cafés, ella no deja de hacerlo todo a su manera, con descuido y sin mimar los pequeños detalles que son tan importantes. Y los clientes lo notan. Lo comentan durante el servicio. Los oigo decir: «¿Te has fijado? No da ni las gracias» o «¡Qué lenta! ¡Mataría a esa camarera!», mientras esperan que les devuelvan el cambio. No les quito la razón. Yo me lo he planteado infinidad de veces.

Hoy el servicio de desayunos es un auténtico caos. Por su culpa, ha tenido que devolver a cocina unos huevos revueltos que ha servido ya fríos, ha retirado una jarra de sirope porque los clientes han encontrado una polilla nadando en el interior y ha tirado una bandeja de bebidas sobre una familia. Pero Jeffrey sigue sin ver esas cosas. Solo tiene ojos para las tetas que asoman por una camisa a la que siempre le faltan botones en el escote. No aguanto más. Me meto en el cuarto de baño y busco el silencio. Respiro profundamente varias veces, pero no lo consigo. Es demasiado tarde para alejarme de todo el caos que trae esa buscona. Estoy a punto de explotar.

Al poco aparecen Marnie y Cynthia. Llevan tanto tiempo como yo sirviendo y sé que me comprenden. «Tranquilízate, Vivien. Ya sabes cómo es...», «No le hagas caso. Es lo que busca», «¡Claro! Quiere sacarte de quicio para que le dejes el terreno libre», «Eso es, está celosa porque cree que puede perder a Jeffrey», me dicen, reflejadas en el espejo. Les doy la razón. Si supiera lo que se está perdiendo apostando por esa jovencita engreída... Pero me miro y sé que la competencia es dura. Debería dejar de fumar y no puedo evitarlo. Es mi momento de paz con el mundo.

Dejo a las chicas en el baño y vuelvo a la jungla que es el restaurante en pleno servicio. Sé que no debo estallar, pero me cuesta controlarme. Lo noto en el temblor de las manos. No debo... Pero sé que tampoco puedo quedarme impasible, viendo cómo el negocio se echa a perder por culpa de esa niñata. No puedo permitirlo. Tengo que conseguir que Jeffrey abra los ojos. Que se dé cuenta de que esa fulana no tiene clase para estar en este local. Que me tiene a mí para lo que quiera...

Me acerco a la barra y reviso las comandas que ha tomado. Espero que preparen la de los dos capuchinos. En cuanto los dejan sobre la barra, meto los dedos en el bolsillo de la blusa y saco el vello que he conseguido arrancarme por la mañana. Lo echo sobre una de las bebidas sin que nadie se percate y me alejo de la barra. Me he pasado toda la noche sin dormir, pensando que eso es lo que necesita esa zorra. Un buen escarmiento y la puerta de salida a la calle abierta de par en par. Esta vez no puedo fallar...

Desde la distancia, veo a esa payasa recoger las bebidas y llevarlas a la mesa de una pareja de cincuentones. Espero que la mujer frente a la que ha dejado el café se fije en los pelos flotando sobre la espuma. Fantaseo con ver su cara de asco y escuchar sus gritos. Que pida hablar con el dueño y que Jeffrey

quede tan avergonzado ante ella, que no tenga otro remedio que echarla. ¿Quién puede, en su sano juicio, hacer algo tan asqueroso?

Aguardo impaciente que todo eso se suceda, pero lo que me encuentro es que la mujer le comenta algo a esa idiota, señalando con el dedo hacia mí. Ella se gira para encontrarme con la mirada y me sonrío. Los de la mesa también me miran y ríen el comentario que les hace la causante de todos mis males.

No entiendo nada, pero sigo expectante. Cuando le da el primer sorbo, sé que he perdido otra vez. Seguramente, con el vaivén de la bandeja, mi sorpresa ha caído al fondo de la taza, como mis esperanzas lo han hecho a la más absoluta oscuridad. Lo he intentado todo: desordenar sus comandas para que no acierte con ninguna mesa, dejar el congelador abierto para que no pueda servir granizados o manchar los cubiertos con la mugre del horno. Pero algo parece protegerla. Algo que siempre acaba por salvarle el culo y que termina arrastrándome por este lodo existencial.

Entro en el baño entre toses. Abro el grifo y me remojó la cara y la nuca con agua fría. Intento respirar profundamente mientras el sonido del chorro me tranquiliza, pero mi cabeza es una locomotora a toda velocidad. Esa donnadie se ha vuelto a

reír de mí. Esta vez en mi propia cara. ¿Quién puede aguantar esto? No tengo por qué soportar todos los días las faltas de respeto de una mindundi.

Marnie y Cynthia me han visto entrar e intentan calmarme. Sus voces han sido un bálsamo muchas veces, pero hoy no consiguen apagar el fuego que me quema. Ni siquiera las miro. Mantengo la mirada en el desagüe del lavamanos mientras lloro. Les digo que no puedo más. Que va a acabar conmigo y que necesito apartarla de mi vida. Que si no hago algo grande, nunca voy a conseguirlo. Tiemblo. No puede ser que esa niña tenga ese poder sobre mí. Tengo que hacer algo. Las dejo con la palabra en la boca. Salgo del baño mientras me seco las lágrimas con la manga de la blusa.

De camino al almacén, paso como una centella frente a la barra y cojo un azucarero. Cuando llego a mi destino, lo vacío en un cubo de basura. Tiene que estar aquí, lo sé. Busco en el armario y continuo por la estantería de aluminio. Me subo a la escalerilla para poder inspeccionarla mejor. Ahí está. Encuentro el raticida en el estante superior. Vierto lo que queda del paquete en el interior del azucarero. Es un polvo fino. Servirá. Pero no me parece suficiente y busco en las baldas algo más. Solo

encuentro paquetes de café y harina o cajas de cereales y cookies.

Al bajar de la escalera se me cae el tubo de pastillas. Siento que la justicia divina que vengo demandando me ha tendido al fin la mano. Abro las cápsulas de la maldita medicación que tomo por su culpa y esparzo el polvo en el azucarero. Sonrío. Ya queda poco, Vivien. Lo vas a conseguir... Vuelvo a la barra y preparo una jarra de café. Normalmente está lista en solo unos minutos, pero esta vez parece que tarda siglos. Cuando está preparada, me retiro a un rincón y vierto la mezcla mágica del envase. Remuevo con una cuchara hasta que el polvo se disuelve por completo. Luego dejo el azucarero en el lavavajillas, limpio mis huellas de la jarra, la dejo en la barra y espero que la niñata se acerque.

—Toma, Becca. Recién hecho.

Ella me mira con cara de sorpresa. Es la primera vez en semanas que le dirijo la palabra. Me sonrío y me dedica un «gracias». Yo me vuelvo y sigo con mis cosas, intentando aparentar normalidad, aunque por dentro estoy flotando. Me he quitado cuatro toneladas de las espaldas.

Voy al servicio para mear. Estoy tan nerviosa que casi me lo hago encima. La tensión acumulada me ha dejado sin

fuerzas. Escucho algo de barullo en la sala y pienso que quizás haya caído ya algún cliente. Marnie y Cynthia me asaltan cuando me estoy subiendo la falda. «¿Qué has hecho, Vivien?», «Había otras formas de solucionarlo». Pero no las hay. He probado todas y he pensado millones de variaciones. Esta es la más rápida. Nadie se creería que yo he podido prepararle el café, porque todos saben que no la trago. Sería mi palabra contra la suya, y la jarra está en sus manos. Así que en cuanto la Policía investigue y la encuentren culpable, la conejita tendrá que buscarse otra madriguera. Me acerco al espejo y veo esa sonrisa que tanto había echado de menos. ¡Bien hecho, Vivien!

En la sala, todo parece tranquilo. Andrew me llama desde la cocina y me ofrece un café.

—Te han invitado los de la trece —comenta.

Es la pareja de cincuentones que se rieron de mí sin motivo. Les perdono el gesto y sonrío mientras le añado el azúcar. Ellos me hacen signos de aprobación. Voy a celebrar mi futura victoria. A partir de ahora todo será distinto.

La mamarracha aparece cuando doy el último sorbo.

—No te lo vas a creer, Vivien. Ha sido cruzar la sala para ir a rellenar las tazas y se me ha escurrido tu jarra. Soy un desastre. Ni siquiera yo sé cómo puedo seguir en este trabajo...

Y se ríe, con esa risa estúpida que tiene. Y yo noto cómo el ardor de la rabia vuelve a consumirme.

—Pero bueno, ¡al menos a alguien le ha sonreído la suerte! Los de la trece me habían dicho que te han pedido dos veces la carta pero que estabas en tu mundo, y que querían invitarte a un café para que te despertaras. Así que te he servido uno de la jarra justo antes de que se rompiera.

Su risa sale de unos labios que empiezan a dilatarse hasta convertirse en dos boas lánguidas. Siento un peso frío en el estómago. Todo me empieza a dar vueltas y corro al baño. Los dolores me tiran al suelo y comienzo a revolverme en espasmos. Empiezo a vomitar. Marnie y Cynthia lloran desde el espejo del que nunca han salido y me dicen que todo irá bien.

Ahí llega el silencio... Al fin...



Si te ha gustado, puedes escuchar la ficción sonora de este relato en las siguientes plataformas:



[Podcast Bilocaciones](#)



[Podcast Bilocaciones](#)



[Podcast Bilocaciones](#)



[Ahí llega el silencio \(Lektu\)](#)